

LÁZARO Y EL RICO MALO**

Lc 16,19-31

La vida eterna, como participación en la naturaleza divina, es el fin último del hombre. Sin embargo, no viene por sí sola, no está asegurada, de ahí el riesgo de ser privado de ella. En efecto, la vida eterna no podría ser el desenlace de un proceso natural: ella es, mediante la fe en el Señor Jesús, una irrupción deificante del Espíritu Santo en el corazón del hombre. Nuestra existencia en este mundo se presenta por lo tanto como el lugar de la fe, donde cada uno se determina a sí mismo; el lugar de una elección entre la vida divina y la segunda muerte. La parábola de Lázaro y el rico malo que acabamos de escuchar es una incitación a hacer la elección buena. Por eso, el Señor Jesús advierte que no podría contarse con una revelación particular, sino solamente con la acogida que hayamos hecho a la Palabra de Dios. “*Si no oyen a Moisés y a los profetas, aunque un muerto resucite, tampoco se convencerán*” (Lc 16,31).

Ciertamente, no todos los hombres tienen igual capacidad de juicio, pero todos tienen un “corazón”, en otras palabras, una disposición natural mínima para conocer a Dios. Esta aptitud no tiene nada que ver con el saber que procuran el estudio y la experiencia. Hasta parece, según la opinión del Señor Jesús, que ella sea lo contrario.

Esta inteligencia innata capta ante todo sin dificultad la Palabra de Dios inscripta en el universo, esa “inmensa zarza ardiente”. *Lo invisible de Dios –su poder eterno y su divinidad–, se deja ver desde la creación del mundo*

* El R. P. Archimandrita Jacob es *Hegúmeno* del Monasterio San Juan del Desierto, fundado en 1980. A los 18 años (1957) entró en la Comunidad del Arca de Lanza del Vasto. Se formó en teología en el Instituto Santo Tomás de Aquino, de Toulouse (Francia) y en la Facultad de Teología Ortodoxa de Tesalónica (Grecia). Fue ordenado sacerdote en 1973.

** Traducción del artículo original en francés realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb, Abadía Gaudium Mariae, Córdoba, Argentina.

a la inteligencia a través de sus obras (Rm 1,20). La capacidad de admiración del niño y de la persona simple, quizás también del hombre primitivo, es manifestación de esa inteligencia espontánea. No obstante, es forzoso constatar que esta sabiduría puede volver a encontrarse en algunas almas privilegiadas, y si ha existido en la historia de la humanidad –al decir de la Biblia– no ha sabido mantenerse más que en forma de huellas y en raras personalidades. La idolatría, desgraciadamente, ha prevalecido con su cortejo de perversidad y de abominación, lo que ilustra la parábola con el espectáculo escandaloso de un rico de parranda en parranda ante un hambriento. Todas las idolatrías, y el amor por las riquezas es una de ellas, manifiestan ser, a la corta o a la larga, un crimen contra la humanidad, la causa de su decadencia moral y de la mayoría de sus males. *Porque habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, antes bien se ofuscaron en sus razonamientos y su insensato corazón se entenebreció; jactándose de sabios se volvieron estúpidos (...). Y como no tuvieron a bien guardar el verdadero conocimiento de Dios, los entregó Dios a su mente insensata, para que hicieran lo que no conviene: llenos de toda injusticia, perversidad, codicia, maldad, henchidos de envidia, de homicidio, de contienda, de engaño, de malignidad, chismosos, detractores, enemigos de Dios, ultrajadores, altaneros, fanfarrones, ingeniosos para el mal, rebeldes a sus padres, insensatos, desleales, desamorados, despiadados. Los cuales, aunque conocedores del veredicto de Dios, que declara dignos de muerte a los que tales cosas practican, no solamente las practican, sino que aprueban a los que las cometen (Rm 1,21-22 y 28-32).* La Escritura califica a estos tipos de humanidad como “raza perversa”, “insensatos”, “estúpidos”, “tontos”, no para excusarlos: *no tienen excusa* escribe el Apóstol, son objeto de la cólera de Dios. Qué lejos se está aquí del pluralismo religioso y moral del pensamiento dominante del que tendemos a participar.

La revelación bíblica es la respuesta de Dios al extravío espiritual de la humanidad. Así, Dios no se contenta con hablar por medio de su creación, Dios habla también por medio de sus profetas y *en estos tiempos que son los últimos por medio de su Hijo Jesucristo.*

Cristo Jesús es la última Palabra de Dios, la que las retoma a todas y las recapitula. Con Cristo, todo está dicho por parte de Dios. Ya no habrá otra Palabra de Dios, no habrá en adelante más que comentarios, explicaciones, eventualmente inspirados de esta Palabra única y definitiva, nada esencialmente nuevo. Por eso la primera misión de la Iglesia es la proclamación de Cristo, Palabra e Hijo único de Dios.

Si escuchar la Palabra de Dios no presenta dificultades particulares

para los humildes y los pequeños, seducidos por la personalidad del Señor Jesús; por el contrario, para los sabios y los poderosos de este mundo, es, con frecuencia, una piedra de tropiezo. Escuchar la Palabra de Dios, recibirla como lo que es, es realizar un verdadero cambio total de la inteligencia, una conversión en el sentido radical y primero del término y, a partir de ese momento, una conversión de costumbres. El hombre recobra entonces su orientación natural y su vocación original: vivir de la presencia de Dios. Operación difícil, penosa, que exige de la mayoría de los que se prestan a ella, mucha virtud para llevarla a término. Empresa que hay incluso que denominar imposible, y que sólo Dios, para quien nada es imposible, puede realizar.

Por ser una gracia, la conversión no puede sin embargo efectivizarse sin un mínimo de cooperación humana. Si bien Dios, en su infinita generosidad, pone remedio a los defectos y a las impotencias del hombre, Él no puede convertirlo a pesar de él. Dios habla y Dios hace que podamos escucharlo; no puede, sin embargo, escuchar en lugar de nosotros. De ahí ese mandato que introduce en todas sus intervenciones: “*Escuchen*”. Jesús no cesa de retomar esa invitación: “*Escuchen y comprendan*”, lo que no le impide asociarla con advertencias severas como ésta: “*Presten atención y oigan bien, porque al que tiene, se le dará, pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que cree tener*” (Lc 8,18). La excelencia de la revelación no asegura, pues, su recepción; escuchar sigue siendo indispensable. No importa tampoco cualquier tipo de escucha, sino el escuchar que supone atención. Atención a lo que se dice, atención a Aquel que dice. Así en espiritualidad se hablará de “vigilancia”, de “guarda del corazón”, de “estar despierto”, de “presencia”, etc...

Para escuchar es necesario un esfuerzo sostenido, un compromiso de la voluntad, una disciplina.

Jamás la Palabra de Dios ha sido tan difundida como en nuestros días. Disponemos de excelentes traducciones de las Sagradas Escrituras y los tesoros de la teología, de la espiritualidad, se han vuelto accesibles a todos. ¿Por qué entonces esta Palabra de Dios no produce todo el fruto que sería normal esperar? ¿Qué le falta? La parábola del sembrador lo dice: una buena tierra. Y ¿qué es una buena tierra? Una buena tierra es aquella donde la Palabra sembrada por Dios pueda echar raíces, crecer y dar fruto; es una tierra trabajada y cuidada. El que abandona su alma y su cuerpo a las pasiones y su espíritu a la distracción, no puede esperar nada bueno de la Palabra de Dios. La tierra buena de los evangelios, es al menos un alma y un cuerpo disciplinados, un alma de buena voluntad. La ascesis, liberada de sus deformaciones, que a menudo

la han descalificado, debe recobrar la importancia que siempre ha tenido entre los discípulos de Cristo.

La primera condición para escuchar con atención la Palabra de Dios es hacer silencio. Solamente cuando un profundo silencio envuelve toda cosa, es el momento en que la Palabra única se declara. Hacer silencio es, evidentemente, mucho más que no hablar. Hacer silencio es recogerse, y recogerse no es reflexionar sobre asuntos graves y religiosos. Escuchar la Palabra no será realizar con ella un estudio sabio, aun cuando éste tiene su importancia. Tampoco es pensar en Dios. Hacer silencio, es recoger el espíritu y callarse interiormente, primero, para lo que los antiguos monjes denominaban una “rumia de la Palabra” y seguidamente, permanecer en una simple presencia de uno mismo ante Aquel cuya Presencia nos mantiene en el ser y en la existencia y que escucha el clamor del desdichado. Esto es mucho más o mucho menos, que pensar en Dios; es estar en Dios.

Esta práctica del recogimiento, salvo gracia extraordinaria, no se adquiere habitualmente en un día. El que aspira al recogimiento deberá ejercitarse con constancia y perseverancia. No obstante, ese trabajo lo conduciría a una pura pérdida si él continuara entregándose además a los juegos y a las diversas distracciones que le ofrece la sociedad de los hombres. No cuestionamos la parte de distensión necesaria en una vida, pero en ese campo, más que en otros, se impone la sobriedad. Por eso, será necesario a veces comenzar por liberarse de un determinado número de prejuicios que conciernen a “lo cultural”. La diversión a la que actualmente se le hace tanto caso, no es el tiempo libre; es más bien lo contrario. La vida monástica es una cultura del tiempo libre, pero indudablemente, no lo es la vida moderna. La diversión, en el sentido en que emplea Pascal el término, ha adquirido con las técnicas y los medios de difusión, una amplitud jamás igualada, un formidable poder de captación que deja al alma encandilada, dispersa en mil ideas, en mil emociones, totalmente agotada. Las distracciones de todo género no pueden conciliarse con una escucha atenta e interior de la Palabra de Dios. La primera manera de hacer silencio será entonces vigilar esas “puertas del corazón” que son los ojos y los oídos, lo cual no es un trabajo menor.

La diversión, ya sea ordinaria o refinada, no es la única manera de dejar que se nos vuele la vida. Las actividades profesionales, las de un servicio o las ocupaciones cotidianas más banales, pueden desembocar en el mismo resultado si no son realizadas con atención en uno mismo. No es suficiente que un acto sea moral y altruista; es preciso también que sea hecho por alguien que está presente. De ahí la necesidad de ejercitarse a menudo en “estar presente” para vivir consciente y estar en vela. El hombre debería estar siempre atento

a sí mismo, para poder responder en toda circunstancia “heme aquí”; lo cual en la oración, privada o litúrgica, es esencial. ¿Qué hace un hombre absorbido por sus pensamientos o por sus ocupaciones? Nada. Aun cuando pareciera hacer muchas cosas, si no está presente a sí mismo, en realidad, no hace nada. La vida sigue su curso como en ausencia de él, como en sueños. Y así muchos que creen vivir, no hacen sino soñar, ¡lo que prepara necesariamente despertares dolorosos! En pocas palabras, la atención que exige el recogimiento es un arte, puede decirse un arte de vivir para vivir verdaderamente.

La atención, como un estar presente a uno mismo, es la primera virtud que el amor a la verdad y a la vida debería conducirnos a adquirir. Sólo esa atención puede comenzar a hacernos percibir el color y el sentido de las cosas, a comprometernos en el camino de lo real, a hacer de la oración, sea privada o pública, un verdadero encuentro con Aquel que está más presente a mí mismo que yo mismo.

Tal vez no sea inútil recordar que esta atención a uno mismo no se obtiene por medio de una tensión psicológica, sino muy por el contrario por medio de la calma y la confianza, estas hijas de la fe. La atención a uno mismo debe entenderse como un retorno del espíritu al cuerpo de donde se había evadido. Por eso, el alejamiento de las cosas, algunas veces experimentado como una separación, revela ser, en definitiva, una operación unificante del cuerpo, del alma y del espíritu, un redescubrimiento de uno mismo.

Esta recomposición de la persona no se realiza en la cabeza sino en el “corazón” ¡que algunos no han dudado en situar en el vientre! Es preciso tener una concepción desencarnada de la persona y materialista del cuerpo para escandalizarse por esto. Abordamos aquí, ciertamente, cosas misteriosas, difícilmente explicables, pero que se verifican por la experiencia. La sede normal del espíritu es el “corazón”, un “corazón” que no hay que tener miedo de localizar en el corazón fisiológico o aún más abajo. Allí donde el soplo del hombre hunde sus raíces, ése es el Lugar del Soplo divino y de la Palabra divina. Allí está el hombre entero y verdadero.

La atención puede ser llevada muy lejos por la práctica de la meditación, de la concentración mental y por la maestría del soplo. Con todo, si el hombre espiritual es un hombre interiorizado, el hombre interiorizado no es necesariamente espiritual. La experiencia del Dios vivo no está en el orden de la concentración mental. Es mejor estar advertido al respecto para “discernir los espíritus” y evitar extraviarse en caminos sin salida. La atención a uno

mismo, el despertar de la conciencia, como tampoco la rectitud moral, propiamente hablando, no son la vida en el Espíritu. Cuanto más, son un preludio y una preparación. La vida espiritual es vida del Espíritu Santo en nosotros, “participación de nuestro espíritu en el Espíritu Santo”. Es fruto de una presencia personal, activa, que hace decir al que la experimenta: “no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí”. Los signos de autenticidad de esta vida en el Espíritu son fruto del Espíritu: *amor, alegría, paz, magnanimidad, servicialidad, bondad, confianza en los demás, mansedumbre, dominio de sí* (cf. Ga 5,22-23).

Entonces, ¿cómo pasar de la vida interior a la vida en el Espíritu? ¿Cómo adquirir esta presencia activa del Espíritu Santo para escuchar en verdad la Palabra viva y vivificante de Dios? No hay ningún misterio: una vez más y sin cesar, la conversión. Entregarse enteramente y sin reserva a Cristo Jesús, hasta la negación de uno mismo, viene a ser obedecer a la sollicitación secreta del Espíritu Santo, asociarse a su dinámica y abrirle extensamente la puerta del corazón.

De manera que la vida en el Espíritu se caracteriza, en el que marcha por los caminos de la conversión, por una crisis interior muy dolorosa. El Espíritu Santo da, en efecto, al hombre, una conciencia viva de su indignidad, de su decadencia moral y espiritual, una “convicción de pecado” sin precedente. Esta toma de conciencia en la luz del Espíritu Santo, es una humillación radical de la que el hombre carnal no se recupera. En espiritualidad cristiana se llama a esto la “compunción”. La Palabra activa de Dios libera al “corazón” de sus coberturas, de lo que se le ha pegado en la psiquis. *Ciertamente, es viva la Palabra de Dios y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y la médula; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón* (Hb 4,12). De ahí el interés, mejor, la necesidad, del fracaso de todo proyecto espiritual donde el ego encuentre cómo afirmarse más en otra parte. Es preciso renunciar y dimitir sin cesar para que el Espíritu Santo descienda en el corazón y que Cristo pueda por fin desplegar su poder. El fracaso en la vida espiritual, que perturba de tal manera a los principiantes y desanima a los más avanzados, es el paso obligado para una conversión verdadera, donde Dios puede finalmente retomar la iniciativa y acabar su obra. El hombre está hecho de tal manera que no puede devenir espiritual por un proceso de evolución, sino precisamente por renunciaciones y rupturas que lo hacen cambiar de plano. Pasar de sentimientos religiosos, por profundos que sean, a la vida en el Espíritu, es una verdadera muerte para un nuevo nacimiento, un nacimiento de Lo Alto: operación en que el hombre carnal, exterior, que no es en realidad más que una ficción pero con la que tenemos en gran medida tendencia a identificarnos, es hecho añicos, cae literalmente en ruinas; pero también, proceso misterioso, en el que la caridad

triunfa por medio de una reconstrucción y de una transfiguración verdaderamente divina del hombre interior, por medio de una verdadera expansión de la persona y de una plenitud irradiante de belleza y de santidad.

El pobre Lázaro de nuestra parábola es, me parece, una imagen elocuente del hombre despojado del orgullo de la carne y a quien los goces de este mundo se le han vuelto imposibles. Es a este “pobre en espíritu” a quien le es otorgada la felicidad del paraíso en el seno de Abrahán, que otras parábolas nos presentan como un banquete. El dichoso, es el hombre de compasión y de comunión. El rico, el impío, el orgulloso, el violento, por el contrario, como dice el Cántico de María, es derribado de su trono y despedido con las manos vacías. El infierno que lo recibe, no es sino la desolación de un alma abandonada a la nada, un corazón vacío de toda presencia. El condenado es el que se ha amurallado egoístamente en su mortífera soledad.

Ojalá, hermanos, podamos comprender lo que está en juego en una escucha atenta de Dios. Hace a nuestra aptitud para llegar a ser una creatura nueva y para dar el único fruto que permanece: la caridad. En esos vigilantes, esos despiertos que son todo oídos, ya no hay más terror del infierno, solamente ese temor saludable que san Isaac denomina “el estremecimiento del alma ante la puerta del Paraíso”.

*“Dichosos los que oyen la Palabra de Dios
y la guardan” (Lc 11,28).*